

VOCACIÓN A LA SANTIDAD 4/5

Las Bienaventuranzas, un Test de santidad

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Hoy es la cuarta charla sobre este tema de vocación a la santidad y quiero servirme del capítulo tercero de “Gaudete et exultate”, que tiene como título “A la luz del Maestro”. Yo podría titular la charla que vamos a desarrollar con el título “Las bienaventuranzas, un test de la santidad” o, si queréis también, una radiografía de la santidad, porque un test y una radiografía nos permiten, a la luz de las palabras de Jesús en el Evangelio, entender la santidad de una manera mucho más visualizada. Es verdad que se podrían hacer distinciones, explicaciones, sobre las características de la santidad, pero nada más iluminador que recurrir a las palabras de Jesús, tal y como él las explicó, con sencillez y dirigidas a todos los públicos, y eso, en concreto son las bienaventuranzas, auténtico carnet de identidad del cristiano.

No olvidéis que decir ‘cristiano’ es decir, ‘hijo de Dios’, y por tanto, santo, carnet de identidad de la santidad. Sabéis que en las bienaventuranzas se dice: “Bienaventurados”; otras traducciones dicen “Dichosos”, “Felices”. Lo primero que habría que decir es que aquí, la palabra ‘feliz’ o ‘bienaventurado’, pasa a ser sinónimo de santo... el pobre de espíritu, el misericordioso, el que es manso de corazón, etc. es feliz y es santo. Las dos cosas son sinónimas. Un servidor, hace poco más de un año, publiqué un libro que tenía un título, fruto de una profunda reflexión, y finalmente concluimos en ponerle el título “Dios te quiere feliz”; era todo un título con el que queríamos sugerir que, Dios te quiere feliz y Dios te quiere santo no son dos cosas distintas, sino que es una sola cosa. Dios espera que seamos santos y Dios espera que seamos felices... es que no son dos cosas, es una sola cosa.

Cuando en nuestra vida nos damos cuenta de que la felicidad que nosotros anhelamos, coincide al milímetro con la santidad que Dios nos pide, entonces es que descubrimos algo importantísimo. Es como lo del zapato de la Cenicienta, en el que de repente descubren que la horma de este pie, estaba hecha para este zapato, estaban hechos el uno para el otro. El anhelo de felicidad y la llamada a la santidad coinciden plenamente. Por eso, en las bienaventuranzas se puede decir: “Dichosos”, “Felices” o “Santos”. Los que viven las bienaventuranzas son los santos; es una radiografía de la santidad y es una radiografía de la felicidad. Solamente se puede ser feliz, siendo santo, y solamente los santos son felices. Vamos a ir desarrollando, por lo tanto, esta aproximación a la santidad desde ese pasaje del Evangelio de San Mateo, auténtico corazón del Evangelio, el sermón de la montaña, que tiene en las bienaventuranzas, su corazón.

Lo primero que hay que decir, es que, aunque sean muy hermosas esas bienaventuranzas (tienen una belleza literaria, obvia), aunque puedan parecerse poéticas, van contracorriente. La santidad va contracorriente, no olvidemos esto. La santidad es incompatible con el espíritu de este mundo, es lo contrario a la mundanidad, como el Evangelio nos dice “Ay, si todos hablan bien de vosotros...”; nos advierte que seguir el espíritu de Cristo, seguir al espíritu de la santidad, obviamente, no es popular. No busquemos popularidad en la santidad. Hay un concepto falso de santidad: que es una persona bien vista por todo el mundo, de la cual todo mundo habla bien, ‘¡Ay qué bueno es!, todo mundo habla bien de él’. La santidad, inevitablemente, rema en contra de corriente y, cuando se rema en contra de corriente, cuando se es políticamente incorrecto, las incomprendiones son absolutamente predecibles. Vamos a ir detallando, una por una, cada una de las bienaventuranzas.

“Felices los pobres de espíritu (o dichosos, o bienaventurados, o santos), porque de ellos es el reino de los cielos”

¿Qué es esto de pobres de espíritu? Se trata de explorar dónde está la verdad de nuestro corazón; es comprobar en dónde apoyamos nuestra vida, en donde buscamos la seguridad de nuestro corazón. ¿En dónde me apoyo? Todo mundo tiene algún punto de apoyatura, ¿En dónde buscó mi descanso? Una buena radiografía de una persona es ésta. ¿En dónde descansas? ¿En dónde tienes tu gozo y tu alegría? ¿Cuál es tu tesoro? o ¿dónde están tus riquezas?.

La primera característica clave de la santidad, a la luz de las bienaventuranzas, es ésta: santo o feliz es aquel cuyo descanso es Dios. Pobre de espíritu, es aquel que no se apoya en nada que no sea Dios: Dios es su apoyatura, Dios es su descanso, no tiene otras riquezas, que cuando tiene otras riquezas, le roban el espacio de Dios. Recuerdo que un director espiritual nos decía en el seminario ‘tened mucho cuidado con el ‘y’ (conjunción copulativa), que es muy peligroso’; él quería decir que cuando uno confía en Dios ‘y’ también en su inteligencia, confía en Dios ‘y’ también en su cartera, ese ‘y’ es peligrosísimo porque ese ‘y’ que parece que añade, está restando, no nos equivoquemos’.

Pobre de espíritu, es el que tiene su descanso sólo en Dios y en nada más, porque añadirle algo más a Dios, sería restarle a Dios. Esta es, básicamente también, la doctrina espiritual de San Juan de la Cruz; él dice, “Para poder llegar al todo, hay que ir a través de la nada”. Es como una esponja que, para poderse llenar de agua limpia y cristalina, primero hay que estrujarla, hay que vaciarla del agua sucia... solamente cuando has exprimido bien la esponja, la tienes vaciada, entonces puede absorber toda esa agua limpia.

Para poder llegar al todo, hay que llegar a través de la nada. Pobre de espíritu es aquel que se ha desapegado de todo aquello que no sea Dios, sólo se apoya en Dios. Dicho con una clave ignaciana (porque esta que he dicho es una clave sanjuanista de San Juan de la Cruz), el Santo Padre cita a San Ignacio de Loyola y la clave ignaciana es “la santa indiferencia”. Viene a decir San Ignacio: «Es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás» Es decir, San Ignacio de Loyola viene a decir lo mismo de San Juan de la Cruz, pero dicho como “santa indiferencia”. La palabra indiferencia,

generalmente la utilizamos en un sentido negativo (el gran pecado de la indiferencia), pero aquí es utilizada en sentido positivo. "Santa indiferencia" es: 'mi tesoro es Dios y todo lo demás es relativo'. Que voy a recibir aplausos, que voy a recibir críticas, que voy a triunfar ante los ojos del mundo o no, que voy a dormir en un palacio o debajo de un puente, que mi vida vaya a ser más larga o más corta: todo eso no es objeto de mi angustia, todo está puesto en manos de Dios, porque yo me apoyé únicamente en Dios.

Un pequeño excursus, si me permitís. Dice el Evangelio de San Mateo: "Bienaventurados los pobres de espíritu"; hay también otra versión de las bienaventuranzas, que es la de Lucas, en la que, en vez de decir, "Bienaventurados los pobres de espíritu", Lucas dice "los pobres". Entonces, ¿cuál de las dos versiones es la verdadera? ¿cuál de las dos palabras es la que salió de los labios de Jesús? Esa pregunta sobra; las dos versiones están inspiradas por el Espíritu Santo, tenemos la garantía de que todas las palabras evangélicas bíblicas tienen la inspiración del Espíritu Santo. Luego, las dos hay que complementarlas y las dos son importantes, porque se iluminan la una y la otra: "pobres de espíritu" y "pobres" sin más.

La pobreza material no garantiza eso que San Juan de la Cruz o San Ignacio de Loyola dicen de tener nuestro corazón, solamente apoyado en Dios. De hecho puede haber alguien que sea materialmente pobre, pero que anhele, que esté apegado a las riquezas y también puede haber una persona, materialmente rica, que sin embargo, sea santo, que esté plenamente apoyado en Dios; y de hecho ha habido personas que han sido materialmente ricas, que han sido canonizados por la Iglesia. Luego, no coinciden la pobreza espiritual y la pobreza material. Ahora bien, eso no quiere decir que no tenga ninguna influencia la una para la otra. Jesús nos advirtió de, qué difícil es que los ricos entren al reino de los cielos, que las riquezas son peligrosas, que es muy difícil tener (con libertad de corazón, con santa indiferencia), como si no se tuviese, teniendo el necesario desprendimiento. Por eso digo que las dos versiones se tienen que iluminar, la una a la otra.

Aquellos que tienen acumulación de bienes materiales, en esta vida, tienen que tener en cuenta que, será imposible que lleguen a tener un corazón desprendido, un corazón pobre de espíritu, sino ejercitan materialmente, el desprendimiento de los bienes materiales en la medida que su estado de vida y sus circunstancias, prudencialmente, lo requieran. Por lo tanto, esta es la primera radiografía, el primer test de la santidad, que incluso, yo me atrevería a decir que es el principal, igual que el primero de los Diez Mandamientos es el principal de todos los mandamientos: Amarás a Dios con todo tu corazón, también la primera de todas las bienaventuranzas es la principal: "Bienaventurados los pobres de espíritu. Santo es aquel que tiene su corazón plenamente puesto en Dios y desapegado de todas las cosas.

"Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra".

En esta tierra, en esta vida, en este mundo, reina en gran parte el orgullo y la vanidad, es una auténtica pugna de orgullos y de vanidades: 'quítate tú para que me ponga yo'; a ver quién tiene más prestigio; a ver quién sobresale más sobre los demás. Y Jesús propone la mansedumbre "Bienaventurados los mansos", acordaros de la espiritualidad del Corazón de Jesús, que especialmente subraya la humildad y la mansedumbre, "Aprended de mí que

soy manso y humilde de corazón”. Es una escuela de mansedumbre la espiritualidad del Corazón de Jesús.

Una clave para entender, para vivir esta característica de la santidad, es entender que a veces, detrás de esa tensión que vivimos, de esa agresividad, lo que se esconde es la falta de aceptación de los propios límites, de mis defectos, y de los demás. Esto es muy frecuente, cuando uno no se acepta a sí mismo, no se acepta en sus límites, ‘yo no soy lo que quisiera ser’, obviamente, eso no le permite ser manso y humilde. Es como pretender corregir a Dios y decirle cómo me tendría que haber hecho (absurdo, pero en esas estamos). O cuando alguien tiene esa impaciencia de no aguantar los defectos de los demás, que le resultan insufribles... esa falta de paciencia con los defectos de los demás (como si uno no tuviera suficiente con los suyos), deja al descubierto la importancia, la necesidad de crecer en santidad.

Porque, quién ha vivido la primera de las bienaventuranzas, la de ser pobre de espíritu, la de estar únicamente apoyado en Dios, sufre muy poquito o nada por los defectos de los demás, o por los propios, o por los propios límites. De hecho, el término “anawin”, que es el término bíblico con el que se reconoce a los pobres de espíritu, los que sólo tienen a Dios como tesoro, se aplica indistintamente al mismo tiempo, a la pobreza de espíritu y a la mansedumbre. El “anawin”, el que tiene toda su confianza en Dios, es también el manso, el humilde.

Cito una frase de Santa Teresita de Lisieux, recogida por el Santo Padre, en ese tercer capítulo, de “Gaudete et exsultate”, dice «la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades» ¿como me voy a escandalizar de las debilidades de los demás, si Dios tampoco se ha escandalizado de las mías? Esta mansedumbre de corazón, este retrato de la santidad, también se traduce, en que uno pone en Dios su defensa, ‘yo no me defiendo a mí mismo, Dios es mi defensor. Yo no voy a estar dedicando mis energías para defenderme a mí mismo; mis energías las dedico a otras cosas’. Eso es una característica de la mansedumbre.

Escuché a un Obispo, a un hermano nuestro en el episcopado, compartir con nosotros el siguiente discernimiento, y me llamó profundamente la atención y dije ‘Señor, me gustaría ese discernimiento, de este hermano Obispo, poderlo también hacer vida’ y decía él: ‘cuando se cuestione la fe, cuando la fe sea cuestionada, no me callaré nunca, saldré en defensa de esa fe, de la cual tenemos que ser testigos. Cuando se cuestiona la Iglesia, cuando sea la Iglesia la cuestionada, discerniré en la prudencia, la conveniencia de salir, decir o callar, dependiendo... y cuando el cuestionado sea yo mismo, mi propia persona, tomé el propósito de callarme siempre, de renunciar a mi defensa, yo no estoy aquí para defenderme a mí mismo. La razón de ser de mi vida, es dar testimonio de Jesucristo, yo no estoy para defenderme a mí mismo’.

Creo que este es un buen retrato de la mansedumbre. ‘Dios es mi defensor, que me defienda Dios sí me tiene que defender’. He aquí el segundo retrato o segunda característica o test de la verdadera santidad: reaccionar con humildad y con mansedumbre, eso es santidad.

“Felices los que lloran, porque ellos serán consolados”

Santos los que lloran, entendidas esas lágrimas en este sentido evangélico. El mundo no quiere llorar, 'los hombres no lloran', dice esa expresión que quiere ocultar el sufrimiento del corazón; hacerse el duro, endurecerse y no llorar. A veces se quiere ignorar situaciones dolorosas, encubrir las, esconderlas, como el avestruz encubriéndose y no queriendo ver el sufrimiento del mundo y poniendo una falsa sonrisa, una falsa risa. No hay cosa más esperpéntica que una risa sin inocencia. Por eso dice "felices los que lloran", los que muestran su dolor, su sufrimiento. Por tanto, ¿Por qué dice el Señor que son santos, que son felices los que lloran? Pues, porque son los que no huyen de la cruz, son los que identifican la cruz. La huida de la cruz caracteriza el espíritu mundano, y nosotros no estamos para huir de la cruz, sino para identificarla: llorar a los pies de la cruz.

Hay veces que el hombre huye de la cruz por no sufrir. Sí, a veces uno renuncia a amar por no sufrir, porque si uno ama, sufre, entonces dice 'mira yo no quiero sufrir, entonces renuncié a amar', luego ¿para qué vivir? En esta vida, el que es santo, sufre. Está perfectamente abandonado en Dios. Se puede compaginar el que Dios sea mi descanso 'yo me abandoné en las manos de Dios', pero al mismo tiempo que estoy abandonado, sufro, porque vivo en la realidad de la vida; porque no tenemos esa falsa espiritualidad de orientalista, de tipo budista, que es pretender ignorar la existencia del sufrimiento 'no hay dolor, yo busco un estado interior en el que no sufra, no sienta ni padezca'. No, eso no es verdad, Jesucristo, que tiene su plena confianza puesta en las manos del Padre, al mismo tiempo sufre, sufre por el pecado y por un mundo... ese Jesús que llora: "Jerusalén, Jerusalén que apedreas a los profetas, que rechazas a los que te son enviados, ¡cuántas veces he querido juntaros como la gallina a los polluelos, debajo de las alas, y no habéis querido!", y Jesús lloró, ¡ojo! Jesús lloró y son lágrimas de santidad de quien ama, y si ama, sufre.

Tenemos que hacernos la idea de que nuestro proyecto de felicidad, es compatible con el sufrimiento. Las dos cosas son dos caras de la misma moneda; son la misma realidad, la felicidad y el sufrimiento. Y una cosa más, mis sufrimientos también incluyen los sufrimientos de los demás; cuando uno asume el propio sufrimiento y no huye de él, tiene sitio también para el sufrimiento de los demás. Hay sitio para llorar con los que lloran, no sólo llorar por el propio sufrimiento inherente de la vida, sin llorar también con los sufrimientos de los demás. "Llorad con los que lloran", dice Romanos 12,15. Saber llorar, saber sufrir, al mismo tiempo que confiamos en Dios, esto es santidad.

"Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados".

La santidad consiste en tener hambre y sed de justicia. Los términos «Hambre y sed», dice el Santo Padre en su exhortación, son experiencias muy intensas que están ligadas a necesidades primarias de subsistencia, el instinto de sobrevivir. El santo vive ese hambre y esa sed de justicia, para ellos es algo vital buscar la justicia, es un anhelo vital. El que es santo busca la justicia como algo vital en su vida; tiene un deseo de bien, tiene un deseo de justicia; tiene un deseo de que la voluntad de Dios se cumpla en la tierra; le duelen mucho y no se acostumbra a la mediocridad; no pierde la esperanza de que Dios llevará a plenitud su deseo de santidad, su deseo de justicia.

Cuidado, que suele ser muy típico que cuando vivimos, las etapas de juventud, un idealismo de un deseo de un mundo justo, etc., en ese momento, esa hambre y sed de justicia está poco ligada a ese inconformismo, propio de las etapas de la vitalidad de la juventud; y luego

suele venir un momento en el que ese idealismo suele ser domesticado (en el peor de los sentidos), en el que uno se adapta a la mediocridad de este mundo. Ese idealismo, ese deseo de santidad, ese buscar que la santidad que Dios quiere para el mundo se realice aquí, sin esperar más tarde que el reino de Dios se establezca aquí, se suele especialmente reflejar en los desamparados: 'hambre y sed de justicia para los desamparados'. Dice Isaías 1, 17: Buscad la justicia, socorred al oprimido, protegéd el derecho del huérfano, defended a la viuda". La defensa de los derechos de los desprotegidos, caracteriza el hambre y sed del que es santo.

"Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia"

He aquí otra característica en este test de la santidad: el corazón misericordioso. La misericordia tiene dos aspectos que son: dar y perdonar. La misericordia se traduce en dar, en servir a los otros, ser misericordioso; pensar en las necesidades de los demás, en el olvido de uno mismo, y servir; en todo amar y servir. La misericordia es dar, pero también es perdonar las ofensas de los demás y comprender sus límites.

Dar y perdonar es lo que caracteriza el corazón misericordioso. Don y perdón están más íntimamente ligados. Me dono y perdono, porque eso es lo que Dios hace con nosotros: Dios nos da y nos perdona, nos da sus dones y nos perdona. Cuando uno es misericordioso, es decir, cuando da y cuando perdona, reproduce en su vida como un reflejo de la perfección de Dios, de la santidad de Dios que da, y perdona en sobreabundancia. Por eso dice el Evangelio: "La medida que uséis con los demás, se usará con vosotros"; cuando uno da y perdona en gratuidad, sin poner límites, se está capacitando para poder recibir el amor misericordioso de Dios, que se derrama en nosotros sin límites. Por lo tanto, mirar y actuar con misericordia, he aquí lo que es la santidad.

"Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"

La santidad consiste en tener un corazón puro, sencillo, auténtico, sin doblez, sin suciedad. Por eso es tan importante para la santidad, cuidar el corazón, porque nada que esté manchado por la falsedad tiene valor delante de Dios. Y es cierto que el amor se traduce en buenas obras, pero ¡ojo!, no solamente en buenas obras, sino que la santidad exige que estén hechas con un corazón puro, sin una doble intención, porque, es obvio, que uno puede hacer obras materialmente buenas, pero con un corazón que no es puro, que es vanidoso, que busca compensaciones, que se está buscando a sí mismo.

Por lo tanto, la santidad no sólo se mide por la materialidad de las obras buenas, sino por la pureza de corazón, por la sencillez de corazón. Acordaros lo que dice 1 Corintios 13, 3: "Aunque repartiera todos mis bienes a los necesitados, aunque entregase mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve". Es decir, si no lo hago con pureza de intención, si no es el amor únicamente lo que me lleva a hacer obras buenas, si tengo otras motivaciones falsas, no tiene valor salvífico si no están hechas para gloria de Dios, desde un corazón puro y sencillo, sin doblez ¡Qué bienaventuranza tan importante! Por tanto, mantener el corazón limpio de toda mancha, eso es santidad.

"Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios"

Otra característica de la santidad es ser un trabajador de la paz, un obrero de la paz. Estamos en un mundo lleno de situaciones de guerras, enfrentamientos, malentendidos,

críticas destructivas. La santidad se refleja en ese don que, en medio de ese ambiente, en medio de ese mundo, como aquellos Sidraj, Misaj y Abed-Nego, que en medio del fuego eran capaces, Dios les dio el don de caminar en medio del fuego, sin quemarse. Así también, el que es santo, es capaz de vivir en medio de un mundo lleno de tensiones y de enfrentamientos, en paz, y siendo fuente de paz, constructor de paz. Vivir en paz y ser constructor y fuente de paz. Eso no quiere decir que sea tonto o que esté ignorando el ambiente que le rodea, él sabe que está a veces en situaciones difíciles, en terrenos que son minados, pero puede vivir desde esa inocencia de quién está plenamente abandonado en Dios, puede vivir siendo instrumento de paz y sin ignorar los conflictos, pero viviendo en paz interior, y poniéndose en manos de Dios para ser constructor de paz.

Dios, a sus santos, les ha dado una autoridad moral muy grande para ser instrumentos de paz, delante de los demás. Los santos, tradicionalmente, han hecho muchas veces de mediadores en medio de los conflictos. Cuando el mundo se ha visto aquejado de conflictos que parecían que no tenían resolución, con frecuencia ha recurrido a los santos para buscar una intercesión, una mediación que pusiese sensatez en medio de aquel conflicto..

La cristiandad, con frecuencia, en tiempos de conflicto recurrían a alguna figura de santidad que se sabía, que no buscaba otra cosa, que la gloria de Dios, para que fuese constructor de paz, artesano de paz. El santo, pues, tiene el don de la serenidad para poder ser artesano de paz, creatividad, sensibilidad, destreza, artesano de paz ¡qué terminó tan bello para un cristiano!. Por tanto, ser sembradores de paz a nuestro alrededor, esto es santidad.

“Bienaventurados los perseguidos a causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”.

Decíamos, al principio, que la santidad va contra corriente hasta el punto de convertirnos en seres cuestionados por la sociedad. Nuestra vida cuestiona, nuestra vida puede ser luz, pero a veces la luz molesta. Me estoy acordando de esa maravillosa película, “Un hombre para la eternidad”, la vida de Santo Tomás Moro, en la que se ve como aquella figura, de quien llegó a ser canciller de Inglaterra, era un hombre del que todo mundo sabía que actuaba en conciencia y que, por lo tanto, su coherencia no le iba a permitir inclinarse ante los deseos de Enrique VIII (de repudiar a su mujer para casarse con una nueva esposa por motivos políticos), y él pretendía ser máximamente discreto, pero, obviamente, todo el mundo sabía que su actuación iba a ser la propia de alguien que actuase en conciencia y por lo tanto, resultaba molesto. Y al final, el martirio de Tomás Moro es el martirio de quien se ha convertido en signo de contradicción. El que él actuase en conciencia, el que él no inclinase su cabeza ante ese pecado del rey, le llevó al martirio, porque la santidad a veces se traduce en ser un signo de contradicción delante de los demás.

Esa historia de Tomás Moro y de tantos santos que, por la coherencia en su conciencia, han llegado a ser perseguidos y ser mártires, continúa en nuestra vida a través de calumnias y de falsedades. Jesús nos predice en el Evangelio, que todos aquellos que le sigan serán perseguidos, como él fue perseguido “Os calumniarán de cualquier modo, por mi causa... si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros”, a veces de formas muy sutiles; a veces también las persecuciones nacen dentro de casa, suele ser duro, pero es así; a veces lo más duro es el fuego amigo, como se dice popularmente. Jesús predice persecuciones, incomprensiones, pero a veces la persecución no viene de determinados enemigos, a veces sí, pero con frecuencia la persecución no viene desde los enemigos o

teóricos enemigos, sino a veces viene de los amigos, viene de los íntimos como le pasó a Jesús, viene de aquel que había sido también elegido para ser apóstol suyo, de aquel que untaba con él el pan en el mismo plato. Y esto es importante que lo entendamos y no debemos de escandalizarnos por el hecho de que la cruz, la persecución, nazca en casa. Le aconteció Jesús... es desde nuestra propia casa donde acontece y no nos avergonzamos de ello, y abrazamos también esa persecución, esa incompreensión como una característica más de la santidad, de quién vive configurado con Jesucristo, con la cruz de Jesucristo. Aceptar el camino de la incompreensión, también esto es santidad.

Todas estas bienaventuranzas, que hemos ido desgranando, son características de la santidad, son una buena radiografía de la santidad y son un buen test, para que cada uno de nosotros podamos tomar en serio esa llamada a la santidad de nuestra vida. Y por si fuese poco, el Santo Padre, en ese capítulo tercero de "Gaudete et exsultate", nos habla de "El gran protocolo", porque él quiere complementar el texto de las bienaventuranzas para que no quepan interpretaciones, digamos, espiritualistas desencarnadas, para que la santidad sea verdaderamente insertada en el sufrimiento de este mundo.

El Papa dice que un gran sello identificador de las bienaventuranzas es el capítulo 25, de San Mateo, «Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme». Él dice que para poder llegar a la santidad, para poder vivir el Evangelio en santidad, tenemos que aceptarlo en su literalidad, sin glosa, sin interpretaciones que estén tomando distancias de la realidad.

¡Cuidado con las falsas místicas!, que pueden llamar la atención con fenómenos místicos extraordinarios, y no darse cuenta que lo esencial de la santidad, no está en algunos fenómenos extraordinarios místicos, (que Dios, a veces, a algunos santos se los ha dado), no necesariamente Dios se los tiene que dar a todos, porque por ejemplo, determinados dones místicos que acompañaron ese matrimonio espiritual que tuvo Santa Teresa de Jesús, no necesariamente todos nosotros tenemos que tener los dones que ella tuvo en la oración, de visiones del Señor. No, la cumbre de la santidad no pasa necesariamente, porque todos tengamos esas visiones interiores que tuvo Santa Teresa. Eso no está irremisiblemente ligado a la santidad.

La santidad se puede alcanzar en plenitud, sin esos fenómenos místicos. Muchísimos santos no han tenido esos fenómenos místicos. Entonces ¿cuáles son las características de la santidad? las que son inherentes a todo el mundo. Sin duda alguna, las que son inherentes a todo el mundo, es la vivencia de la caridad; el amor a Dios y el amor al prójimo, de esa manera en la que el capítulo 25 de San Mateo, nos dice. Y el Santo Padre, para autenticar este capítulo 25 de San Mateo, nos llama la atención sobre dos ideologías que mutilan el corazón del Evangelio, a la hora de vivir Mateo 25, ideologías que mutilan la vivencia de este gran sello de la santidad, que es el capítulo 25 de San Mateo.

La primera ideología es la de los cristianos que separan su entrega al prójimo, su servicio a los más pobres, a los últimos, la separan de su espiritualidad: 'cuando hacemos el bien al prójimo, eso es un acto humanista en el que no tenemos que mezclar la fe'; y el Papa se rebela contra eso, dice, eso es confundir la caridad cristiana con una ONG. Y entonces dice, nosotros no somos una ONG, nosotros amamos con el amor de Cristo y no podemos separar mi espiritualidad del servicio fáctico al prójimo. Nosotros lo hacemos en el nombre

de Cristo y no podemos, sino en nombre de Cristo, amar al prójimo; no se puede secularizar la caridad. Es una desgracia la secularización de la caridad. A veces ocurre que nuestras instituciones caritativas están ocultando la fe en una secularización; y el Santo Padre dice 'eso no lo hizo San Francisco de Asís, eso no lo hizo San Vicente de Paúl, eso no lo hizo Santa Teresa de Calcuta'. La caridad secularizada no es caridad, es un altruismo que está muy lejos del ideal cristiano de la caridad. Es Cristo el que ama a los pobres y es Cristo quien está en los pobres y a nosotros nos pide que seamos testigos de su amor, en el momento de amar a los pobres. Esta es la primera ideología de la que tenemos que desprendernos, esa ideología que pretende vivir un humanismo que deja la espiritualidad para un ámbito distinto que el del servicio social.

La otra ideología, ante la que el Santo Padre llama la atención es también una puesta en sospecha ideológica del compromiso social, confundiendo la doctrina social de la Iglesia con el comunismo. Todo aquel que se toma en serio la doctrina social de la Iglesia es acusado de ser filocomunista; aquello que decía Felder Cámara "si doy de comer a los pobres, me llaman santo, pero sí denuncié las injusticias que ha llevado a ese pobre a ser pobre, entonces me llaman comunista". La auténtica caridad cristiana no es meramente una caridad asistencialista, sino que es una caridad que es capaz de unir plenamente la doctrina social de la Iglesia a hacer una denuncia profética de cuáles son las causas que están generando la pobreza en el mundo. Por lo tanto, las bienaventuranzas es auténtico test y auténtica radiografía de la santidad.

El Santo Padre concluye diciendo, "la fuerza del testimonio de los santos es vivir las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final (Mateo 25). Son pocas palabras (las de las bienaventuranzas y las del juicio final), sencillas, pero prácticas y válidas para todos (para todo tipo de camino de santidad), porque el cristianismo es principalmente para ser practicado... Recomiendo vivamente releer con frecuencia estos grandes textos bíblicos (El del sermón de la montaña, el de las bienaventuranzas y el de Mateo 25)". Continuaremos, nos falta todavía una última reflexión para concluir este curso sobre la vocación a la santidad.